

REPÚBLICAS ATLÁNTICAS
Una historia global
de las prácticas revolucionarias
(1776-1804)

Antonino De Francesco

Traducción de Hernán Rodríguez Vargas

ÍNDICE

Introducción	9
1. Una república fuera de Europa (1776-1789)	23
2. El paso del testigo (1789-1792).....	77
3. Un mundo republicano (1794-1804).....	131
Conclusión.....	185
Apostilla bibliográfica	205
Índice onomástico.....	209

INTRODUCCIÓN

En 1810, Pierre Paganel, uno de los firmantes del acta de nacimiento de la República de 1792, miembro electo de la Cámara Legislativa y luego de la Convención, envió a Napoleón como regalo su más reciente obra sobre la Revolución francesa. En aquellas páginas se elogiaba cuanto había sucedido en 1789, se rechazaba la demonización del Terror y se concluía, además, con la presentación del golpe de Estado del 18 de brumario como la piedra fundacional de la nueva Francia.¹

Ignoramos la razón precisa por la que Napoleón, molesto por el homenaje recibido, ordenó de inmediato confiscar la obra, cuyos últimos ejemplares fueron destruidos en 1813. Probablemente, el emperador de los franceses percibió en ella un incorregible republicanismo, que consideraba un peligroso vestigio de una época política en la que él mismo había creído pero que ahora veía como completamente superada. Y no se equivocaba, ya que el autor, en el momento de la publicación, se había asegurado de enviar otro ejemplar de la obra a Thomas Jefferson, el redactor de la Declaración de Independencia de 1776, auténtico campeón del republicanismo de ultramar, y quien recientemente había completado su segundo y último mandato como presidente de los Estados Unidos.

¹ P. Paganel, *Essai historique et critique sur la Révolution française*, París, Plassan, 1810.

Para la ocasión, Paganel había acompañado el libro —dedicado de su propio puño y letra al magistrado que había sabido iniciar y culminar felizmente la revolución americana— con palabras que intentaban restituir la verdad al período republicano francés que había sido denigrado haciendo correr sobre él auténticos ríos de tinta. Jefferson habría respondido cortésmente agradeciéndole aquel texto que ilustraba los dramáticos errores cometidos en Francia y dejando en manos del desarrollo de la libertad en suelo americano la tarea de borrar el mal ejemplo.²

La respuesta era predecible, porque el dos veces presidente estadounidense no había dejado de expresar tajantes juicios sobre Napoleón en esos mismos años, y justamente la deriva autoritaria del Imperio francés lo había convencido de que América era el último baluarte de la democracia. Sin embargo, durante este mismo período, no todos tenían la intención de separar los destinos de las dos revoluciones de finales del siglo XVIII. En efecto, el año anterior, en 1809, en París, Carlo Botta había dado a la imprenta su *Storia della guerra dell'indipendenza degli Stati Uniti d'America* (Historia de la guerra de Independencia de los Estados Unidos), cuya propuesta de publicación se demostraría como un error al tratarse de una especie de manifiesto de aquellos que rechazaron el centralismo napoleónico en nombre de una política de libertad, que se había amplificado gracias al ejemplo de los Estados Unidos. De manera más profunda, las páginas del escritor piomontés —exjacobino y ahora partidario del emperador— daban paso a una reflexión dolorosa sobre el significado de la modernidad política desencadenada por las revoluciones de América y de Francia e intentaban sugerir, a través del juego de analogías y referencias, la posibilidad de superponer las dos experiencias revolucionarias para compararlas en lugar de contraponerlas.³

Sin embargo, esta perspectiva —que dice mucho sobre cómo, incluso en los años napoleónicos, en Francia se observaban con interés los desarrollos políticos de ultramar— se vio rápidamente interrumpida por la caída

2 *The Papers of Thomas Jefferson*, Retirement Series, III, 12 August 1810 to 17 June 1811, Princeton, Princeton University Press, 2006, pp. 219-221.

3 C. Botta, *Storia della guerra dell'Indipendenza degli Stati Uniti d'America*, París, Colas, 1809.

definitiva de Napoleón en Waterloo. Entre tanto, mientras en los Estados Unidos ya se había inaugurado la expansión hacia el oeste y, en consecuencia, la búsqueda de nuevas fronteras se había convertido en el imperativo del futuro, por su parte, en Francia, el regreso de los Borbones al trono pareció retroceder bruscamente las manecillas del reloj político nacional. En consecuencia, las dos realidades, una republicana y la otra monárquica, parecieron moverse en direcciones tan diferentes que ya no podían, en forma alguna, compararse.

A confirmar la divergencia fueron las posibles oportunidades de encuentro que, a lo largo de todo el siglo XIX, no faltaron. En la década de 1830, el joven Alexis de Tocqueville realizó un viaje de estudio a los Estados Unidos y escribió páginas de admiración por la democracia americana, sin que ello significara necesariamente considerar apropiada la posibilidad de importar el modelo a Europa. En 1848, al otro lado del Atlántico, no faltaron los simpatizantes por la república en la revolución contra Luis Felipe de Orleans. Esto aunque, poco tiempo después, el regreso del bonapartismo pusiera fin a cualquier tipo de interés. Por último, en la década de 1870, después de la caída de Napoleón III, los demócratas franceses, en la búsqueda de puntos de referencia para la difícil construcción de una tercera república, rindieron homenaje a los Estados Unidos, pero sin que ello fuera más allá de aquel memorable obsequio que fue la estatua de *La Libertad*.

De esta manera, las dos entidades estatales habían adquirido connotaciones culturales e ideológicas abiertamente diferentes, lo cual favoreció las diferencias más allá de cualquier forma de aproximación. En este sentido, un papel importante lo desempeñaron, justamente, las respectivas historiografías nacionales que acompañaron —y legitimaron— los acentos persistentes en la excepcionalidad de la trayectoria histórica de Estados Unidos y de Francia. Fue necesario el estallido de la Primera Guerra Mundial, con la intervención en Europa de la joven potencia estadounidense, para que se volviera a hablar de valores democráticos comunes cuyas raíces se remontaban a finales del siglo XVIII tras las respectivas revoluciones, sobre las cuales, repentinamente, se volvió a insistir durante las horas más oscuras del enfrentamiento contra los imperios centrales.

Alphonse Aulard, titular de la cátedra de Historia de la Revolución Francesa, en la Sorbona, fue uno de los que más insistió en proponer la aproximación, convirtiéndose, incluso, en un firme defensor de esta idea.